

LA VOZ DEL EXTRAÑO CUBO

NELSON BOND

Todo Xuthil bullía de excitación. Las anchas carreteras y las serpenteantes rampas que conducían al foro público, se hallaban abarrotadas con los cuerpos de cien mil habitantes, que avanzaban a codazos y empellones, mientras en los barrios residenciales de la capital, millones de moradores que no podían presenciar el espectáculo de primera mano, esperaban ansiosamente junto a sus *menavisores* a que llegasen las primeras noticias.

El extraño cubo se había abierto. La gigantesca losa de mármol, cuyas enhiestas y brillantes paredes se alzaban a centenares de pies sobre las cabezas de los xuthilianos más altos, y cuya gran base cuadrada, que tenía más de un centenar de anchos de casa por lado, acababa de abrirse apenas unas horas... un bloque perfectamente engrasado se deslizó hacia atrás, mostrando un negro pozo que abría su boca tenebrosa en las profundidades.

Un grupo de atrevidos exploradores, armados hasta los dientes, habían penetrado ya en las entrañas del extraño cubo. No tardarían en regresar para rendir un informe público y era esto lo que todo Xuthil esperaba conteniendo el aliento.

Ningún ser viviente conocía la finalidad —o se atrevía a calcular la tremenda antigüedad— de aquel extraño cubo. Los más antiguos documentos que figuraban en las bibliotecas xuthilianas mencionaban ya su existencia, atribuyéndole un origen divino. Pues había que reconocer que ni siquiera las hábiles manos de la raza que entonces dominaba la Tierra habrían podido alzar tan gigantesca construcción. Era obra de los titanes o de algún dios.

Así es que, con los *menavisores* sintonizados con el foro para captar las primeras imágenes mentales que desde allí retransmitirían los miembros del grupo de exploración, todo Xuthil zumbaba presa de una actividad febril.

De pronto, una pálida luminosidad glauca inundó las pantallas reflectoras de los *menavisores* y un estremecimiento recorrió las hileras de espectadores. El grupo de exploración había regresado. Tul, el jefe de todos los sabios xuthilianos, subió al estrado circular con su frente ancha e inteligente fruncida por una arruga de preocupación. Sus seguidores avanzaban tras él con aspecto igualmente abrumado.

Tul se colocó ante la unidad proyectora de imágenes. Al mismo tiempo, una confusa escena comenzó a grabarse en las mentes de su auditorio... una imagen que se iba haciendo cada vez más clara y distinta a medida que el contacto mental se hacía más fuerte.

Todos y cada uno de los xuthilianos se vieron avanzando tras el resplandor que proyectaba una potente lámpara por un largo corredor de mármol que descendía en línea recta. Era un pasadizo de bóveda elevadísima, formado por sillares que ajustaban sin dejar resquicios aparentes entre sí. Sus pies hollaban las telarañas y el polvo de los siglos y el aire guardaba el mohoso perfume de los años que fueron. Alguien

dirigió el rayo de una lámpara hacia el techo del pasadizo y su luz se perdió en las vastas proporciones de la cámara abovedada.

Luego, el pasadizo se ensanchó, convirtiéndose en un gran anfiteatro... una estancia inmensa que hacía parecer insignificante el espacioso foro xuthiliano. Todos cuantos contemplaban los *menavisores* se vieron avanzar telepáticamente, repitiendo lo que había hecho Tul, con pasos apresurados, para luego detenerse y pasear el rayo de la lámpara por el lugar más extraño que imaginarse pueda. Hilera sobre hilera de cajones metidos en nichos cubiertos de placas de bronce en las que se veían jeroglíficos grabados... este era el contenido del extraño cubo. Esto y nada más.

La imagen se hizo borrosa y terminó por desvanecerse. Los pensamientos de Tul la sustituyeron, comunicándose directamente a cada espectador.

—Es innegable que existe un enorme misterio que aún hay que resolver, por lo que se refiere a este curioso cubo. Ignoramos lo que contienen estos cajones. Tal vez sean archivos de una raza extinta hace mucho tiempo. Mas harán falta largos años de duro trabajo, aun contando con el instrumental más moderno, para abrir tan sólo uno de estos titánicos estantes. Su gigantesco tamaño e intrincada construcción frustrará todos nuestros esfuerzos. Si fueron seres vivientes quienes construyeron este extraño cubo —y debemos suponer que lo fueron— su organismo debía estar hecho a una escala tan inmensamente superior a la del nuestro, que nos consideramos totalmente incapaces de comprender la finalidad de sus instrumentos. Solamente una de las cosas encontradas en el interior del cubo puede compararse, hasta cierto punto, con aparatos que nosotros conocemos y manejamos.

Volviéndose, Tul efectuó una seña a dos de sus ayudantes. Éstos avanzaron tambaleándose bajo el peso de una enorme losa de piedra de forma circular, montada en el interior de un cuadrado que parecía hecho de un extraño material fibroso. A esta gigantesca plataforma se hallaba sujeto un grueso cable elástico, de un diámetro casi dos veces mayor al del cuerpo de quienes lo transportaban.

—El cable sujeto a esta losa —continuó Tul— es larguísimo. Penetra hasta el corazón del extraño cubo. Es evidente que tiene alguna relación con su secreto, pero ignoramos cual puede ser ésta. Nuestros ingenieros tendrán que desmontar la losa para descubrir el enigma que oculta. Como ustedes pueden ver, es un cuerpo de naturaleza sólida...

Tul subió sobre la losa.

Cuando Tul trepó sobre el botón pulsador, la corriente inactiva, que dormía desde hacía siglos en las baterías, se puso en movimiento y desde las tenebrosas profundidades del curioso cubo un altavoz accionado eléctricamente habló:

«Hombres —dijo una voz humana—, hombres del siglo cincuenta... nosotros, vuestros hermanos del siglo veinticinco, acudimos a vosotros. En nombre de la Humanidad, os pedimos ayuda.

»Mientras pronuncio estas palabras, nuestro sistema solar se hunde en el seno de una nube de cloro de la que no saldrá durante cientos de años. Toda la Humanidad está condenada a la destrucción. En esta bóveda especialmente construida hemos depositado, para que en ella reposen, las diez mil mentes más

preclaras de la Tierra, cerradas herméticamente para que permanezcan sumidas en un sueño cataléptico hasta el siglo cincuenta. Entonces, el peligro ya habrá pasado.

»Por último, se ha abierto la puerta de nuestra cripta. Si aún quedan hombres vivos y la atmósfera es pura, que alguien baje la palanca situada junto a la puerta de nuestro panteón y nosotros nos despertaremos.

»Si ningún hombre escucha esta súplica; si no queda ningún hombre vivo, entonces: adiós mundo. Los dormidos restos de la raza del hombre dormirán para toda la eternidad».

—Es un cuerpo sólido —repitió Tul—. Sin embargo, como pueden ver, parece ceder ligeramente —continuó con cierta vacilación—. Ciudadanos de Xuthil, este misterio nos parece tan desconcertante como a todos vosotros. Pero podéis estar convencidos que el Consejo de Sabios hará todos los esfuerzos posibles por resolverlo.

El verdoso resplandor de los *menavisores* se desvaneció, Xuthil, perplejo y maravillado, volvió a sus quehaceres diarios. En las esquinas y en las salas, en los hogares y en las oficinas, los xuthilianos se detenían brevemente para tocarse mutuamente con las antenas y comentar el extraño suceso.

Pues hay que saber que la voz surgida desde el extraño cubo no fue escuchada por criatura humana. Los dueños del mundo en el siglo cincuenta eran hormigas... y las hormigas no oyen.

FIN

Título Original: *The Voice from the Curious Cube* © 1937.
Digitalización, Revisión y Edición Electrónica de Arácnido.
Revisión 4.